

## ¿Quién le apuesta al Capital Social en América Latina?

Pedro E. Güell  
Conferencia Universidad del Rosario  
Bogotá, Colombia  
Octubre, 2002

¿Qué estamos suponiendo cuando preguntamos: quién le apuesta al capital social? Estamos suponiendo que hay algo en juego, un desafío que exige una respuesta. Suponemos también que aquello que se llama capital social podría ser una buena elección para ganar la apuesta o superar el desafío. Pero, ¿es el capital social en realidad una buena apuesta? Depende. Depende de qué es lo que está en juego, depende de cual sea el desafío que pretendamos enfrentar con él.

Para comenzar, discutiré cuál es, en mi opinión y desde los temas que a mi me interesan, un desafío urgente para nuestras sociedades. Quisiera, porque de eso se trata este Diálogo Mayor, ver qué relación tiene ese desafío actual con la crisis de confianzas que azotan al continente. Luego quisiera ver si en realidad aquello que llamamos capital social es una buena elección. Me voy a detener en algunas fortalezas y en algunas debilidades de la noción de capital social para enfrentar los desafíos actuales. Finalmente, quisiera sugerir algunas prevenciones para mejorar nuestra apuesta.

### **1. ¿Cuál es el desafío? La brecha entre la organización de la sociedad y las demandas de la vida cotidiana**

¿Cuáles son las tendencias sociales que actualmente representan desafíos importantes para la vida común? En términos generales, vivimos un cambio de época que se caracteriza por una acentuada brecha entre la vida cotidiana de personas cada vez más individualizadas y la organización sistémica e institucional de la sociedad.

Por una parte, los sentidos y demandas de la vida cotidiana no se reflejan suficientemente en la dirección que toman los sistemas e instituciones de la sociedad. Estos se vuelven cada vez más autoreferentes y autónomos respecto de las demandas sociales. Pensemos, por ejemplo, en los sistemas privatizados de la seguridad social. Nuestra jubilación es un hecho bastante más complejo que un asunto de dinero. Allí está involucrada nuestra idea de compensación por los esfuerzos que uno hizo en pro de la sociedad, de la familia y de una empresa. Está en juego nuestra imagen de pertenencia a la sociedad, nuestro sentimiento de reciprocidad y la propia imagen de los que valemos para otros. Está en juego especialmente la idea de nuestra biografía social: ¿para qué estoy esforzándome? Los sistemas de previsión regidos por el mercado, que muchas veces funcionan muy bien, nos ofrecen cuidar de nuestro dinero y darnos buenas pensiones. Ellos dicen que pueden hacerlo mejor que nadie precisamente porque se dedican al negocio del dinero y no a otra cosa como las biografías personales o los sentimientos de pertenencia social. Privatización significa no sólo el hecho económico del traspaso de la administración de la economía desde el estado a los privados. En América Latina ha significado también un fuerte olvido de las dimensiones y sentidos sociales que hay detrás de los flujos de dinero.

Pero esta tendencia no sólo afecta a los sistemas económicos, también afecta a las instituciones políticas, que se han privatizado también en más de un sentido. La política parece querer definirse cada vez más como una empresa de producción de

reglas jurídicas, de administración de la gobernabilidad entendida como obediencia a esas reglas y como gestión de las influencias corporativas. Tanto parece haberse independizado la política de las demandas y sentidos sociales de la gestión del poder, que su actividad más dinámica está pasando a ser el autocontrol de los actores políticos en temas de corrupción.

La autonomización de los sistemas e instituciones es en parte un fenómeno mundial producido por el aumento de complejidad de las sociedades. Para sobrevivir hoy, los sistemas de gestión deben ser cada vez más especializados y flexibles. Pero en América Latina, donde las sociedades civiles han sido tradicionalmente débiles para controlar y poner límites al Estado y al mercado, la autonomización de los sistemas respecto de las demandas sociales ha sido especialmente fuerte. No disponemos de suficientes contrapesos sociales que permitan que la eficiencia institucional se equilibre con la consideración de los intereses generales de la sociedad. Entonces, para resumir, por una parte, los sistemas e instituciones de la sociedad tienden a autonomizarse y a actuar con creciente independencia de las dimensiones y sentidos sociales de los ámbitos que gestionan, llámense el dinero, el poder o las leyes.

Por otra parte, esta autonomización afecta a las personas en su vida cotidiana. Debido a esta brecha, los sistemas son insuficientes como marco de la acción y de los sentidos para las personas en su vida diaria. Quién de nosotros puede darle sentido a los esfuerzos y proyectos de su vida diaria a partir de la cartilla de la evolución de sus fondos de pensión. Y quién podría explicarle a otro el tipo de sociedad a la que aspira mostrándole los actuales debates parlamentarios o alguna campaña de marketing electoral. Y quién se sentiría interpretado en su necesidad de solidaridad social al leer los programas de equilibrio de las cuentas macroeconómicas. Hoy es difícil darle sentido a nuestras vidas cotidianas y a nuestra pertenencia social guiándose por las señales de los sistemas e instituciones sociales. No se trata sólo de que los lenguajes institucionales se han vuelto muy técnicos, se trata de que son autoreferentes. La palabra sociedad no suele figurar en las cartillas de los fondos de pensiones.

Pero ni la vida privada ni la coexistencia social son posibles sin mapas colectivos de sentido, sin una idea de lo que queremos hacer juntos. Y estos, ¿dónde se pueden adquirir hoy? Ya que no se encuentran ni en la forma de organizarse de la sociedad ni en el debate público, la tendencia es que las personas buscan reconstruir el sentido de sus vidas mediante una retracción a sus espacios privados y a sus relaciones íntimas. Las personas también se privatizan. Surgen las tribus urbanas con sus lenguajes y estéticas particulares, las familias se vuelven el espacio casi exclusivo de confianzas y conversaciones, las religiones se transforman en sectas.

Para llevar a cabo estas nuevas formas compensatorias de construcción de sentido, las personas definen de manera muy extrema al yo-mismo como objeto de sus preocupaciones y tienden a reducir la historia a sus biografías personales o familiares. Esto reafirma la brecha entre sus vidas y la organización de la sociedad. Las instituciones y discursos sociales tienden a ser vistas como hechos externos, respecto de los cuales sólo se sienten obligados si es que les sirven a sus propósitos personales. La participación en organizaciones tiende a hacerse más utilitarista. Las lealtades sociales, a los partidos políticos o a las iglesias, tal como con los productos de consumo, se hacen volátiles. Uno tiende a adherir a algo, mientras las evaluaciones personales digan que es un buen recurso para el logro de los objetivos personales. Por lo mismo tiende a producirse una desafección respecto de aquellas instituciones cuya misión fundamental es producir bienes sociales más que resolver problemas personales, como la política, la democracia, la justicia. Desde la perspectiva de un yo exacerbado, ellas aparecen como poco significativas.

El aumento de la autoreferencia personal es parte también de un proceso mundial vinculado a la modernización. La individualización es una promesa central de la modernidad. Poder ser libre para decidir por sí mismo el tipo de vida deseado y elegir el modo de llevarlo a cabo es un deseo muy extendido y, sin duda, una mejoría en la calidad de vida. Pero hay que distinguir entre individualización y privatización asocial. La individualización es la posibilidad de realizar proyectos de vida personales de manera autónoma, gracias a que la sociedad provee de un marco de recursos materiales y simbólicos, que le dan sentido y la hacen posible. La individuación exitosa requiere sociedades y pertenencias sociales muy fuertes. La privatización asocial, por el contrario, semeja más bien a la operación del naufrago que debe reconstruir una vida anómala en una isla porque el barco de la sociedad naufragó o lo tiró por la borda.

## **2. ¿Cuáles son las consecuencias problemáticas de la brecha entre sistemas y vida cotidiana?**

La brecha provocada por la autoreferencia de los sistemas sociales y la fuerte retracción de las personas a su vida privada tiene como resultado que se reduzcan o debiliten algunas tramas básicas que sustentan la vida social. Se debilitan especialmente aquellos bienes estrictamente sociales que hacen posible que las personas aumenten sus capacidades de acción gracias a su pertenencia y participación a un esfuerzo colectivo. Quisiera aquí hacer referencia, aún sabiendo que pueden ser más, a tres bienes sociales que padecen bajo la brecha entre vida cotidiana y sistemas e instituciones sociales.

Lo primero que se debilita es la existencia de temporalidades colectivas y el sentido de participación en una historia común. Una imagen relativamente creíble del futuro deseable es el bien social que permite justificar los esfuerzos, siempre concretos y realizados en presente, en espera de un objetivo cuyo cumplimiento siempre es distante. La volatilidad que rige a los sistemas autorregulados y a las lealtades de las personas cuando estas se privatizan crea una situación de fuerte impredecibilidad e incertidumbre en el conjunto de la sociedad. Surge entonces la pregunta, ¿qué sentido tiene lo que estoy haciendo? Sin una concatenación temporal de las acciones se genera incertidumbre, porque a la gente le resulta muy difícil ver la relación entre sus habilidades y esfuerzos presentes y las metas que persigue.

Pero un futuro confiable no es algo que cada uno pueda crear por sí sólo, por mucho que uno crea en sus capacidades propias. Cualquiera de los objetivos de largo plazo que nos pongamos, pensemos en una educación de calidad para nuestros hijos, supone la colaboración de muchos. Creer que mis esfuerzos por educarlos mejor tienen sentido depende de que ellos se vean complementados previsiblemente en el tiempo con los esfuerzos de los otros, por ejemplo los profesores, las políticas educacionales, los demás padres de familia. Un futuro con sentido es siempre una historia creíble de la cooperación colectiva.

Por el contrario, el debilitamiento de la temporalidad e historia colectiva, produce desesperanza, pues sin ella es muy difícil percibir como esfuerzos personales están potenciados en el tiempo por las acciones de otros. La esperanza es un juicio acerca de que mis objetivos llegarán a buen puerto porque dispongo de las capacidades de acción que me brinda la participación en un colectivo. La esperanza depende de mi relación con otros.

Lo segundo que se debilita es la imagen y experiencia del poder social. El poder es un bien colectivo que permite a las sociedades moldear el orden en que viven de acuerdo a las aspiraciones y necesidades de las mayorías. El fin del poder es el señorío, en el sentido de que es la sociedad y no los poderes externos a ella, la que diseña y construye el mundo que quiere habitar. El desarrollo del poder democrático de la sociedad a la que se pertenece es también un recurso básico de la propia autoestima de las personas, pues permite que ellas cuenten con capacidades adicionales para la realización de sus objetivos vitales.

La tendencia a organizar a la sociedad de acuerdo a las exigencias totalizantes y auto referidas de la economía ha conducido a un debilitamiento del poder social. Experimentamos el mundo en que vivimos cada vez más como el resultado de fuerzas económicas mundiales que parecen no tener ni centro ni dirección. Salvo adaptarnos y esperar a la suerte, nos parece que es muy poco lo que podemos hacer para modificarlas. La propia ideología de la globalización de la lógica de mercado nos señala que mientras más libres a su propio juego dejemos a esas fuerzas, más crecimiento y más oportunidades habrán para todos. Pareciera decirnos que mientras menos intervengamos sobre la organización de la sociedad, mejor sería esa sociedad.

Desde la perspectiva de las personas corrientes en la vida cotidiana, esto tiene varios efectos. Por una parte, se produce una “naturalización” de las dinámicas sociales. Pareciera que la complejidad del mundo no puede ser conducida de manera intencional por la sociedad. La ideología de la autorregulación global desconfía de la acción de las sociedades. Supone que mientras más se enfría la sociedad y más se comporta como un adaptador pasivo, más rápido y más establemente se despliega el crecimiento y la paz mundial. La voluntad social para definir el tipo de vida deseada y la lucha social para llevarla a cabo, el poder social en suma, aparece como algo negativo y disruptor.

Es cierto que el mundo actual es menos moldeable por las fuerzas sociales de lo que creíamos hace algunas décadas. El poder social es más limitado de que suponían los jóvenes del `68 cuando gritaban en las calles “seamos realistas, pidamos lo imposible” Pero la actual ideología de la autorregulación global hace aún más impotentes a las sociedades. Empuja a la acción colectiva y a la acción del estado al campo de las intervenciones puntuales y adaptativas y a que dejen de pensarse a sí mismas como espacios privilegiados de construcción de la sociedad como un todo.

Por otra parte, la naturalización de la sociedad, produce un extendido sentimiento de impotencia. Si el entorno social y económico en que vivimos no se percibe en algún grado como fruto de la historia social, resulta muy difícil que la sociedad se descubra y represente a sí misma como actor con iniciativa y capacidad propia para llevar a cabo lo que se propone.

Lo tercero que se debilita son los sentidos compartidos. Es muy difícil sentirse parte de un “nosotros” común sin una imagen positiva del poder de la sociedad organizada y sin una imagen de futuro que nos haga predecible la cooperación recíproca de los otros. Sin un sentido de misión común, muchas cosas comienzan a experimentarse como ajenas y amenazantes. La organización de la sociedad parece entonces gobernada por fuerzas anónimas y veleidosas. Tenemos temor de perder el empleo y creemos que podemos hacer poco para evitarlo. Creemos que hay poderes ilegítimos en la sociedad que conspiran en contra nuestra y nos cuesta creer que nuestra democracia o nuestra justicia sean suficientes para neutralizarlos y defendernos. Desconfiamos de los otros. Sin reglas compartidas que creemos hacen sentido para todos, el anónimo que circula en nuestras calles, el que piensa distinto o tiene otros intereses que los

míos, se vuelve extraño e impredecible y se nos aparece antes como potencial agresor que como un potencial colaborador.

En la vida humana muchos peligros son inevitables. Pero la sensación de seguridad e inseguridad no depende sólo del tamaño de los peligros, sino más bien de la imagen que nos hacemos de la capacidad de la sociedad para enfrentarlos. Los sentidos compartidos que definen futuros colectivos y hacen posible la cooperación son piezas claves en la construcción de la seguridad colectiva.

Resumamos lo dicho hasta ahora. Hemos afirmado que la brecha entre, por una parte, la organización autoreferida de los sistemas e instituciones de la sociedad, y los sentidos y demandas de la vida cotidiana, por la otra, debilita ciertos bienes sociales básicos. Hemos mencionado tres. Primero, se debilita la producción de una temporalidad común que organice y justifique los esfuerzos personales y las cooperaciones colectivas. Segundo, frente a la naturalización del orden social, se debilita la imagen y experiencia del poder de la sociedad para organizarse por sí misma. Tercero, se debilitan los sentidos compartidos de cooperación que dan fundamento a la seguridad cotidiana.

Hemos dicho también que el debilitamiento de estos bienes sociales básicos tienen un efecto profundo sobre las experiencias de la vida cotidiana. La ausencia de futuro da lugar a la desesperanza, la debilidad del poder social a la impotencia y la ausencia de sentidos comunes al temor. Se trata de tres rostros de la desconfianza. Desconfianza en el futuro, desconfianza en las capacidades sociales, desconfianza en el otro. La desconfianza es más que un sentimiento hacia el otro, es el modo de vida propio de una sociedad con dificultad para dotar de sentido a la vida colectiva.

Vista así, la confianza es el resultado de un conjunto de bienes sociales como historias compartidas, autoestima colectiva, reconocimientos recíprocos a partir de sentidos comunes. Ellos hacen predecible que el otro desplegará un comportamiento complementario a nuestros esfuerzos. La confianza es pues una disposición subjetiva que resulta de la existencia objetiva de ciertos bienes sociales; ella es expresión de una manera de organizar la sociedad.

Creo que uno de los rasgos actuales de la vida social en América Latina es la presencia relativamente extendida de la desconfianza que resulta del debilitamiento de los bienes sociales que subyacen a ella. Viéndolo históricamente, podría afirmarse que muchas de las sociedades de América Latina tienen hoy menor confianza en sí mismas y en la eficacia de su acción que hace unas décadas atrás. Además pareciera que los procesos de redemocratización y de crecimiento económico vía autorregulación de los mercados, sin desconocer los méritos de ambos procesos, no han sido suficientes para recobrar esa confianza.

Esto pone en juego no sólo la estabilidad de nuestras democracias, o la creatividad y productividad de nuestras economías para insertarse en la globalización, pone en juego también la calidad de nuestras vidas cotidianas. Este es el desafío que para mí da sentido a la pregunta ¿quién apuesta por el capital social?

### **3. ¿Qué puede hacer el capital social para reconstruir la esperanza, el poder social y los sentidos compartidos?**

Se trata de reflexionar en qué medida el concepto de capital social y las políticas que se inspiran en él puede permitirnos diseñar estrategias para fortalecer aquellos bienes sociales que hacen que la sociedad pueda aumentar su capacidad para incidir sobre

su organización institucional y sistémica. Es decir, en qué medida el capital social es, en las actuales condiciones, una perspectiva adecuada para enfrentar la brecha entre los sentidos y demandas de la vida cotidiana y la organización sistémica e institucional de la sociedad. Dicho anglosajonamente.

Vamos de a poco. Primero, ¿qué es capital social?. Una definición común, como la del Banco Mundial, dice que el capital social es el acumulado de relaciones interpersonales, normalmente informales, la confianza, la cooperación, la lealtad y el respeto de las normas que hace posible que los grupos humanos puedan emprender acciones para perseguir objetivos deseados. Este concepto tiene raíces muy antiguas, pero ha sido formulado como tal en la década de los '80 y se hizo famoso en los '90.

En el fondo, el concepto de capital social es una apelación a reconstruir formas de cooperación basadas en el espíritu cívico como una manera de disminuir tendencias a la disgregación social y de aumentar la eficiencia de la acción colectiva. Más allá de eso, el concepto ha permanecido relativamente difuso, tanto en sus formas de medición como en la formulación de políticas a partir de él. De hecho, es posible encontrar dos tendencias distintas en el uso del concepto y en las estrategias derivadas de él.

Una es más bien conservadora. El mundo de las agencias internacionales de desarrollo económico, como el Banco Mundial, ve con temor el efecto social de las políticas de privatización y desregulación que ellas mismas han promovido. La experiencia latinoamericana, asiática y especialmente rusa ha mostrado que la crisis de los estados nacionales y de la política y el ascenso del mercado como instrumento de regulación debilita las instancias de gobernabilidad y control social, desde la policía hasta las tradiciones religiosas. Al mismo tiempo favorece la cultura del free rider, aquel que descubre la eficiencia de operar por fuera de las normas. Esto ha facilitado la emergencia de las conductas anómicas, como el terrorismo o las mafias transnacionales de todo tipo. Al mundo conservador le preocupa el desorden, porque entiende bien que los negocios y las inversiones para el desarrollo prosperan donde hay tranquilidad social. Como la interpretación conservadora no está demasiado dispuesta a atribuirle ese rol al estado, entonces apela al capital social entendiéndolo como la suma de las actitudes de buena voluntad civil de los individuos. Como es propio de la mentalidad conservadora, no percibe bien que esas actitudes no surgen de la nada, sino que requieren de procesos sociales y colectivos que las desarrollen, legitimen e infundan.

Pero hay también una lectura progresista del capital social. Con buen ojo, el progresismo, especialmente el que proviene de las organizaciones autónomas de la sociedad civil, percibe que las dinámicas autorreguladas de la globalización dejan la puerta abierta para que los grupos del poder, especialmente las transnacionales, definan las reglas del juego que distribuyen las oportunidades e imponen las exclusiones. Desconfían, por experiencia o ideología, de la capacidad que pueda tener el estado y la política para poner un coto a esos grupos del poder o para movilizar a la sociedad en contra de ellos. Aquí el capital social es entendido como redes ciudadanas capaces de movilizarse por sí mismas para el logro de sus objetivos, la defensa de sus intereses o el bloqueo de sus contendores.

En las políticas concretas que se inspiran en el concepto de capital social hay un poco de ambas versiones. Se aspira siempre a producir capacidad de acción colectiva apelando a los valores cívicos y creando redes de organizaciones y siempre se desconfía de la política y del Estado.

Este concepto no surgió por casualidad y sus éxitos intelectuales y estratégicos no son efecto de la suerte. Su relevancia tiene que ver, en primer lugar, con su capacidad para hacerse cargo, aunque sea de manera difusa, de manera conservadora o progresista, de un problema emergente no resuelto aún por otras vías. El concepto de capital social apunta a hacerse cargo de los efectos sobre el crecimiento económico y la gobernabilidad democrática del debilitamiento de la integración social de tipo cívica. De hecho, si se mira bien, antes de transformarse en una suerte de panacea para las políticas públicas, las teorías del capital social eran más bien un diagnóstico sobre su existencia amenazada y sobre los efectos sociales de su debilitamiento.

La relevancia del concepto de capital social tiene que ver, en segundo lugar, con que no se contenta con un diagnóstico. No le basta con contemplar desde lejos el debilitamiento de los mecanismos de articulación social, como si nada estuviese en riesgo. El concepto de capital social toma partido por la necesidad actual de articular interés privado e interés social. El pone así una voz de alerta frente a las tendencias que emergen de la ideología de la globalización y de las ideologías del mercado que pretenden que el libre juego de los intereses individuales y de los vínculos privados basta para producir por sí solo orden e integración social.

El concepto de capital social reivindica la idea de sociedad como algo que hay que producir socialmente. Por esto nos dice que si las personas se orientan unas a otras con espíritu de cooperación y con confianza en las instituciones públicas, entonces no sólo ganan ellas, sino que gana la sociedad en su conjunto. Nos sugiere, ni más ni menos, que el vínculo entre los intereses privados y los intereses sociales no se produce espontáneamente, sino que hay que crearlo intencionalmente, tanto desde las instituciones de la sociedad como desde la subjetividad de los individuos.

Me parece que en estos aspectos radica el núcleo valioso del concepto de capital social y que hace de él, en principio, una herramienta para enfrentar los desafíos que mencionábamos al inicio. Es un concepto que ha permitido visualizar las consecuencias de la brecha entre los intereses de la vida cotidiana y los intereses de la organización institucional de la sociedad. Al mismo tiempo nos señala que el vínculo entre ambos depende de bienes sociales intangibles, como la confianza, la reciprocidad y la disposición cívica y, lo más importante, nos dice que ellos deben ser intencionalmente creados por la propia sociedad. Aunque sólo fuera por esta razón, creo que vale la pena apostar por él.

#### **4. Algunas apuestas excesivas por el capital social**

Pero no soy el único que apuesta por el capital social. Hoy lo hacen casi todos los que trabajan en el campo del desarrollo social y de la participación cívica. Creo que para situar correctamente los aportes del concepto y estrategias del capital social hay que discutir algunas apuestas que a mi me parecen excesivas.

Se ha vuelto muy común afirmar que el capital social es el punto de partida obligado y la palanca de éxito de los programas destinados a superar los problemas sociales. Cuando se lee y oye la reseña de las virtudes del capital social se vienen a la mente las imágenes de los antiguos vendedores de las plazas de pueblo. Esos que ofrecían bálsamos milagrosos capaces de sanar todos los males, los del cuerpo y los del alma. Así, la literatura señala que el capital social permite hacer más intenso el crecimiento económico, hace más fuertes a las democracias y expulsa a los corruptos; el capital social favorece la descentralización de los poderes y la participación de las comunidades, hace más eficiente la ayuda financiera al desarrollo y los planes contra la pobreza y la delincuencia, permite la circulación de las informaciones, la expresión

de las aspiraciones, el intercambio de los recursos escasos, la promoción del voluntariado y el altruismo y promete la ansiada gobernabilidad.

Ante tanto optimismo la tendencia natural es reaccionar con un poco de escepticismo. Pero las explicaciones de los defensores del capital social como remedio universal son muy impermeables a la reflexión crítica. Si el remedio no surte efecto entonces es que el paciente tomó poco y si por alguna razón el paciente se sana, entonces se prueban los indudables efectos curativos del remedio. En cualquier caso el remedio salva siempre su propio prestigio. Como han mostrado varios autores, ciertas nociones de capital social contienen un razonamiento lógico que los hace refractarios a las pruebas empíricas.

Mirado con un poco de distancia y desapasionamiento pueden formularse tres reservas generales frente a las versiones relativamente ingenuas sobre las bondades del capital social.

Una primera reserva es que esas versiones simplifican la complejidad del fenómeno al cual, me parece, alude en el fondo el concepto de capital social. Ellas reducen la tendencia de la brecha entre vida cotidiana y la organización institucional a un aspecto parcial, como son los vínculos primarios entre las personas. Siguiendo esta reducción ponen el énfasis en las estrategias orientadas al aumento de la asociatividad local como hecho suficiente por sí mismo. De pasada dejan en la sombra otras dimensiones que de hecho intervienen de manera relevante. Así, por ejemplo, se suele descuidar los aspectos históricos, culturales y políticos que inciden de manera particular en cada país en la brecha entre vida cotidiana y organización institucional de la sociedad. La globalización o la individuación no tienen los mismos efectos en países con una tradición histórica de fortaleza de la sociedad civil o en países con tradiciones estatales de tipo populista u oligárquico. La reducción del capital social como fenómeno de asociatividad local tiene como consecuencia una gran dificultad para dar cuenta de los hechos históricos y políticos.

Una segunda reserva se refiere a la dificultad para hacerse cargo de los efectos indeseados que puedan derivarse del capital social considerado como fortalecimiento de la asociatividad local. Esto tampoco parece inquietar a los espíritus optimistas. Al igual que los vendedores de pocimas opinan que el agua de colores que venden no mata a nadie y siempre será bueno tomar un poco de agua. Así, aunque no sirvan para la democracia y el desarrollo, las relaciones interpersonales, las confianzas y las lealtades siempre serán buenas, así es que no habría peligro en promoverlas.

Pero hay creciente evidencia empírica de que los efectos de la intensificación de las relaciones interpersonales informales, de las lealtades, confianzas y normas grupales tienen efectos ambiguos sobre el paciente social. Esto parece ser especialmente cierto respecto de su efecto sobre la tendencia a la retracción privatista de la vida cotidiana. Algunas de estas ambigüedades son las siguientes:

Los lazos sociales fuertes de los grupos tienden a ser autorreferidos, es decir ponen mucho énfasis en su propia conservación e identidad. Esto limita las motivaciones altruistas de tipo cívico. También refuerzan la defensa de los límites e identidad grupal. Esto puede dar pie a procesos de exclusión, marginación o discriminación. La tendencia al particularismo o familismo que acompaña los lazos grupales autodefensivos puede facilitar la creación de una ética del interés grupal en detrimento de compromisos sociales de mayor alcance.

En grupos autorreferidos, los intercambios tienden a restringirse entre los participantes. La reciprocidad cerrada y la lealtad pueden ayudar a impedir la

transparencia de la acción grupal para los que están fuera. Esto hace difícil el control social y proporciona una base para las acciones ilegales. Y si el circuito de participantes se restringe, lo normal es que la forma de comunicación entre ellos adopte formas cerradas. Y el secreto, se sabe, facilita la corrupción.

El capital social intenso puede estimular un tipo de liderazgo que se legitima por su capacidad para mantener la cohesión interna, conseguir ventajas para el grupo y por la eficiencia de su acceso a las fuentes de recursos. Esto puede favorecer liderazgos no democráticos.

El conjunto de estas ambigüedades del capital social concebido como asociatividad local apunta a un mismo hecho: los lazos fuertes, la reciprocidad cerrada, el espíritu de cuerpo, la circulación restringida de información pueden llevar a hacer del grupo un objetivo para sí mismo. En esas condiciones pesan más los intereses privados que los públicos. No hay que olvidar que el capital social no opera en la calma de una tasa de leche, sino en el escenario real de grupos que compiten entre sí por recursos escasos.

Una tercera reserva frente a una propuesta acrítica de intensificación del capital social tiene que ver con que la teoría del capital social no ha provisto hasta ahora de criterios que permitan superar sus efectos ambiguos. No se sabe todavía muy bien bajo qué condiciones y por qué razones una red de confianzas, lealtades y cooperaciones puede derivar en un cartel de la droga, en una empresa punto.com o en un movimiento social.

En resumen, al capital social no hay que considerarlo acríticamente como algo cuyo fortalecimiento sea automáticamente un remedio práctico para los problemas sociales. Tomado como objeto de las estrategias de acción, el capital social es ambiguo en sus efectos y difícil de precisar los factores que lo crean. Además, tomado como panacea, empobrece la comprensión de fenómenos complejos.

## **5. Algunas consideraciones para mejorar la apuesta por el capital social**

Pero no hay que tirar al niño con el agua de la bañera. Una crítica razonada del capital social debe servir para mejorar sus capacidades explicativas y estratégicas. A pesar de sus ambigüedades y reduccionismos, el capital social ha permitido llamar la atención sobre aspectos claves que han sido descuidados en la acción para el desarrollo. No es menor afirmar y promover a los vínculos organizados entre las personas como un aspecto vital de la democracia y del crecimiento. Esto adquiere todo su sentido frente a la desconfianza hacia la sociedad organizada que han caracterizado las estrategias político-económicas promovidas en el marco del acuerdo de Washington. Tampoco es menor la capacidad que ha tenido el concepto de capital social para actualizar la idea de participación social luego que la crisis de los movimientos sociales creara un vacío en este tema. Finalmente, debe valorarse también el rol que ha jugado este concepto en la mantención y reconstrucción de tramas y redes asociativas en un momento en que la privatización de los comportamientos amenaza la vitalidad de los espacios y debates públicos.

Lo que debe hacer una crítica razonada a la idea de capital social no es abandonarlo, sino profundizarlo. Se trata de confrontarlo con algunas de las intuiciones de fondo que están en su origen. Me refiero especialmente a la discusión sobre el modo de revincular comportamientos individuales y asuntos públicos, pues me parece que ahí puede radicar el aporte al desafío de la brecha entre vida cotidiana y organización sistémica de la sociedad.

Hay que confrontar a las nociones circulantes de capital social con la pregunta: ¿cuál es la relación entre las dinámicas del capital social y la construcción del orden sistémico e institucional de la sociedad? Dicho más claramente ¿cuál es la relación entre capital social y los modelos político-económicos de desarrollo? Esta pregunta ha permanecido abierta. Ella se hace especialmente relevante hoy día en que los modelos inspirados en el acuerdo de Washington y en la acción de los bancos multilaterales comienzan a mostrar sus fallas insalvables.

Esta urgencia nos exige indagar qué puede dar de sí el capital social para aumentar la capacidad de acción organizada de la sociedad, no sólo para aumentar la eficiencia y participación en los asuntos inmediatos de las comunidades y proyectos locales, sino en el proceso mismo de hacer retornar la definición del orden social deseado al poder democrático de la sociedad. Este es, como hemos visto, el desafío actual.

No es evidente que las actuales nociones de capital social sean una respuesta suficiente a este desafío. Ellas ha mostrado insuficiencias empíricas y teóricas. En el plano empírico, los estudios que hemos conducido en el PNUD de Chile sobre capital social muestran que la activación del capital social local no asegura la generalización de redes horizontales, es decir de vínculos entre organizaciones, proyectos y redes de comunicación de distinto contenido. Tampoco asegura la creación de redes verticales, aquellas que permiten agregar intereses y temáticas en formas de organización y representación más inclusivas y generales.

Esto está vinculado a ciertas insuficiencias teóricas. Al intentar responder a la pregunta por la agregación y generalización a nivel social del poder que surge de las acciones organizadas, el concepto de capital social ha sido tributario de las nociones relativamente ingenuas que afirmaban que el poder y los intereses se agregan de manera relativamente espontánea en un movimiento inductivo desde la base social al estado, como se decía antes, “del macetero al potrero”. Esta relativa ingenuidad respecto de las condiciones de la agregación del poder social se ha visto reforzada por cierto rasgo de desconfianza frente a la política y al estado que subyace a muchas de las discusiones sobre capital social.

Superar estas deficiencias probablemente exceda las actuales definiciones de capital social, aunque no está fuera de sus preocupaciones originales. Propondría evitar la tentación de seguir ampliando el concepto de capital social incorporando nuevas y más complejas dimensiones. De lo contrario, como me parece que ocurre en algunos casos, el capital social terminaría siendo un sinónimo de sociedad democrática o de ciudadanía. Con ello perdería buena parte de sus actuales y valiosas capacidades para orientar acciones concretas. Creo que es más pertinente intentar establecer relaciones entre el concepto de capital social y una reflexión sobre las condiciones de la agregación del poder social. Esto podría darnos algunas luces sobre las estrategias para reducir la brecha entre vida cotidiana y organización institucional de la sociedad.

Quisiera, en esta parte final de mi exposición, señalar tres aspectos que debieran ser considerados para mejorar nuestra apuesta por el capital social en relación a su capacidad para enfrentar los desafíos relevantes. No pretendo elaborar respuestas, sino más bien dejar planteadas algunas preguntas.

**El primer aspecto es la relación entre capital social e imaginario temporal de la sociedad.** Hemos visto que si algo debilita las capacidades de acción de las personas es la carencia de un sentido temporal que les permita anudar secuencialmente sus acciones con las de otros y todas ellas con la imagen de la sociedad deseada. La construcción de una historia social con sentido de futuro es una de las condiciones

básicas de la acumulación del poder social. Sabemos también que el presentismo es la marca de la organización de la sociedad por el mercado.

Tras la crisis de las ideologías, no basta con construir relatos hermosos sobre el futuro, pues la gente no les cree. ¿Cómo se construye futuro social creíble? Esta es tal vez una de las preguntas más urgentes y difíciles de nuestra actualidad latinoamericana.

La esperanza es una experiencia, ella surge de la constatación de que se cuentan con capacidades personales y de las cooperaciones sociales para llevar a cabo los proyectos deseados. La promoción de capital social se ha revelado como un productor de esperanza, aunque muy referida a la temporalidad corta de las iniciativas locales. ¿Cómo podemos ampliar el horizonte temporal y el alcance social de la esperanza que crea el capital social? Probablemente deberíamos trabajar sobre, a lo menos, dos aspectos que normalmente tomamos poco en cuenta. Por una parte, reconstruir nuestras memorias colectivas. El tiempo de la sociedad es largo, porque también ha sido larga la historia de nuestras luchas. Por la otra, librar la capacidad imaginaria de nuestras conversaciones sobre el futuro. Estamos mal acostumbrándonos, bajo una cierta pretensión de realismo, a hablar del futuro según las predicciones de los economistas y politólogos. El futuro es también la posibilidad del deseo. Es difícil que sintamos a la sociedad como algo propio si no podemos deseársela como nos gustaría.

**El segundo aspecto se refiere a la relación entre capital social y política.** Las capacidades de acción y las imágenes de un futuro deseable que podamos elaborar a través del fortalecimiento del capital social no bastan para incidir colectivamente sobre la organización de la sociedad. El orden social es fruto de un proceso de institucionalización de reglas del juego que definen las relaciones y los intercambios entre los miembros de la sociedad. Eso es un hecho de poder. Pues las reglas del juego, aunque sean democráticas, son expresión de los intereses de grupos sociales. La política es el espacio en que las disputas del poder decantan en la institucionalización de las reglas del juego imperantes.

Los temas del poder, de la institucionalización y de la política, han sido de los temas más descuidados en las reflexiones sobre el capital social. Esto le ha restado capacidad para hacerse cargo de la relación entre procesos de fortalecimiento del capital social y la definición de los modelos de desarrollo. Este descuido ha sido especialmente costoso para el concepto de capital social. La política es precisamente el espacio privilegiado donde la diversidad de los vínculos de la vida cotidiana pueden alcanzar un grado de articulación y generalidad y hacerse así efectivos como poder de la sociedad.

Hay razones para desconfiar de la capacidad de la política para dar cuerpo al poder social que se genera en torno del capital social. Pero abandonar el espacio de la política democrática para concentrarse exclusivamente en la acción local ahonda la brecha entre las demandas de la vida cotidiana y la organización institucional de la sociedad. No olvidemos que superar esa brecha forma parte de la vocación original del concepto. Esto sugiere la pregunta ¿cuál puede ser la relación entre desarrollo del capital social y renovación de la política, en su sentido público, institucional y estatal?

Hay que tomar en cuenta además, como lo han señalado algunas elaboraciones recientes, que el desarrollo del capital social, aún en los entornos locales, requiere de condiciones institucionales macrosociales, como la democracia y la justicia. Aún en interés del propio desarrollo de las formas restringidas de capital social hay que hacerse cargo de la necesidad de incidir sobre la formación del entorno institucional de la sociedad.

**El tercer aspecto se refiere a la relación entre capital social y sentido de pertenencia cultural.** Todos tenemos una necesidad básica de sentido. Necesitamos comprender quiénes somos y quién es el otro con el cuál nos relacionamos. Esa necesidad se ha resuelto normalmente a través de relatos colectivos que nos dicen cuál es el trayecto del pasado al futuro sobre el cual avanza nuestra comunidad, cuál el territorio sobre el cual nos movemos, quiénes somos los que actuamos ahí y cómo lo hacemos, quienes los adversarios de nuestros propósitos. Por eso, para comprender el sentido de nuestras acciones y relaciones debemos sentirnos parte de un orden colectivo. Por moderna que sea nuestra idea de sociedad, ella no puede renunciar a proponer una imagen de comunidad como origen y resultado de lo que hacemos.

En los espacios locales, el capital social y la identidad cultural suelen corresponderse. Esto hace que las confianzas sean allí especialmente fuertes, pues el otro puede ser reconocido como parte de lo mismo; allí hay historias, tradiciones, familias y religiones que los integran. Los estudios sobre capital social rural han destacado este hecho. Pero ¿qué ocurre en áreas de alta diversidad social, cultural y política? ¿Cómo puede contribuir el capital social a la construcción de pertenencia con tolerancia?

Esto no sugiere que hay que vincular los procesos del capital social que contribuyen a fortalecer una imagen de “Nosotros”, con aquellos procesos que permiten construir una imagen positiva del “Otro anónimo”, de aquel que está fuera de nuestros grupos de pertenencia. Probablemente esto exigirá potenciar la relación entre desarrollo del capital social y el debate sobre los derechos cívicos. Sólo en esa relación se podrá construir una imagen de la dignidad del “Otro anónimo” que sea, al mismo tiempo, una imagen de nosotros mismos. En las actuales sociedades complejas, que es donde se plantean los desafíos que comentamos, es difícil pensar en un sentido de pertenencia cultural que no sea al mismo tiempo la imagen de una comunidad de ciudadanos.

Para concluir resumiendo, en esta exposición he querido sugerir tres cosas. Primero, vivimos desafíos profundos que pueden afectar al núcleo de la democracia; esto es, a la capacidad de la sociedad para definir por sí misma el orden en que desea vivir. Segundo, el capital social es una buena perspectiva para enfrentar esos desafíos, a condición de que abandone ingenuidades y de que se vincule a otras formas de “capital”. Aquí se han sugerido el capital de esperanza, el capital de poder, el capital cultural. Tercero, la desconfianza no es un hecho puntual que se refiera a la relación entre dos personas únicamente. Es la consecuencia del debilitamiento de las capacidades para actuar colectivamente y eso depende de las formas tanto objetivas como subjetivas en que se organiza la sociedad. Dicho en positivo, la confianza es un estado social que resulta de creer que con el Otro somos capaces de construir el tipo de futuro que anhelamos, y esto es a su vez la consecuencia de un modo de organizar la sociedad que redunde en la potenciación de las capacidades personales y colectivas.